

Felipe Sánchez Solís (1816-1882): promotor de cultura y amigo de José Martí

Alfonso Sánchez Arteché

Un “hijo de la raza indígena”



El viernes 7 de mayo de 1875 uno de los catorce diarios que circulaban en la ciudad de México publicó la reseña “Fiesta en Tultepec”, cuyo primer párrafo refiere lo siguiente:

Nuestros lectores lo saben: Tultepec es un pueblo sencillo, honrado y bello que está algo más allá de Cuautitlán. Un hijo modesto de aquellos lugares, un descendiente puro de la raza indígena, dotado de la perseverancia misteriosa que da a los ánimos la fuerza superior, se alzó de aquella atmósfera, se sobrepuso a todas las dificultades, venció todos los obstáculos, fue querido de todos, fue abogado, fue diputado, fue maestro, ocupó altos puestos en el gobierno liberal de la Nación, y hoy vive respetado por el valer de sus beneficios, por la constancia de su carácter, por la modestia y la sencillez con que sobre los años y las persecuciones y los dolores ha cumplido su obra. Este hijo de la raza indígena es el Sr. Lic. Felipe Sánchez Solís.

La nota que comentamos, extensa y detallada, es la crónica del festejo que había ofrecido, el sábado anterior, el pueblo de Tultepec a su benefactor Sánchez Solís, quien cumplía 59 años ese primer día de mayo. El periódico que publicó el texto fue la *Revista Universal*, entonces dirigida por el coronel José Vicente Villada, quien llegaría años después a ser gobernador del estado de México. Por desgracia, el artículo es anónimo, pero ya se verá más adelante que no es tan complicado identificar a su autor.

De esta “crónica de sociales” entre-sacamos algunos datos significativos. Por ejemplo, que Tultepec era “uno de sus pueblos, de los pueblos que se han desarrollado con su protección y tocábale este año en turno celebrar el nacimiento de su hermano y protector”. De ello se deduce que las diversas localidades se turnaban para festejarlo, cosa no tan extraña puesto que en aquella época don Felipe era diputado federal por ese distrito.

Además la misma gacetilla señala que gran parte de la familia del homenajeado vivía en Tultepec, donde su hermano Mariano era juez doméstico. Se describe a este personaje como “anciano simpático, de mano dura y ancha, de fisonomía serena y bondadosa, vestido con pantalón de dril, y con camisa blanca”. Pero sin duda la principal razón para que Tultepec se disputara con otros pueblos el honor de organizar la fiesta de cumpleaños del diputado Sánchez Solís, eran los beneficios que prodigaba en ellos. La “nota de color” acentúa algunos rasgos peculiares del pueblo:

Todo habitante tiene su propiedad; todos tienen asegurada manera de vivir.- Allí cada casa tiene jardín, y cada jardín da a un campo de magueyes: unos son naturalmente mayores que otros; pero la riqueza está bien dividida, el trabajo está garantizado, el comercio está protegido, y el hambre y la miseria no tienen nada que hacer en

aquel pueblo. No hay un vestido repugnante: no hay un mendigo en el lugar: en todas partes hay pobreza, pero pobreza satisfecha...cómoda y holgada. Y cuando uno se pregunta por el autor de aquella ventura, por el que ha dividido aquella riqueza, por el que ha dado vida a unos y asegurado y arreglado la vida de todos, tiene una respuesta... tácita y conmovedora al ver entrar por las calles del pueblo al Sr. Sánchez Solís.

En cuanto a los pobladores de Tultepec, indígenas en su mayoría, el ampuloso cronista refiere que don Felipe

les habla en su idioma, vienen a abrazarlo, se van detrás de él, todos los obsequios les parecen pocos: todas las muestras de afecto les parecen débiles: entra a una casa y como allí la casa de uno es de todos, allí entran silenciosos los indígenas y llenan la sala donde están. Llega él y los trabajos se suspenden, y se preparan las ropas de fiesta, y el trabajo de aquel pueblo se convierte en buscar todos los medios de probar que ama al que tuvo para todos consejos, ayuda material, ventura doméstica, trabajo y paz. No hay un habitante que no le deba una gran parte del bienestar que goza: todos quieren demostrarle su agradecimiento a porfía.

Orestes Martí y Pilades Lescano

Aquí nos detendremos para tratar de identificar al autor de la nota que venimos examinando. Una primera pista es la siguiente: el anónimo relator del cumpleaños de don Felipe dice que “tuvimos la fortuna de ser invitados por él, con el ob-

Alfonso Sánchez Arteché. Periodista, poeta, historiador y ensayista. Autor de, entre otros títulos, *Andamiaje de Voces* y *Retablo Barroco* (poesía); *Velasco íntimo y legendario* y *La segunda Cestina: una comedia que no escribió sor Juana*.

jeto principal de que conociéramos un pueblo de indígenas”.

El sentido común nos indica que lo anterior no pudo ser escrito por un mexicano. En esa época, muchas de las actuales delegaciones del Distrito Federal eran pueblos de indígenas, e ir a la Villa de Guadalupe, Xochimilco, Tacubaya o Tlalpan resultaba paseo frecuente para los habitantes de la capital. Sólo un extranjero recién llegado sería objeto de semejante invitación.

Ahora bien, observemos que ese mismo 7 de mayo se iniciaba como redactor de la *Revista Universal* quien llegaría a ser uno de los grandes escritores latinoamericanos y héroe nacional de su patria, es decir, el cubano José Martí. Con escasos veintidós años, durante cinco de los cuales padeció prisión, trabajos forzados, confinamiento y destierro por su proyecto de independizar a Cuba del dominio español, Martí había llegado a México para reunirse con su familia, dos meses antes de ingresar al diario ya mencionado.

El joven cubano se hizo cargo de una sección, el “Boletín”, bajo el seudónimo de *Orestes*. No era el único redactor de esta columna, pues en ella se turnaba con otro periodista cubano, radicado desde varios años atrás y casado con mexicana, Antenor Lescano, quien escribía con el sobrenombre de *Pilades*.

Actualmente, todas las recopilaciones de artículos escritos por Martí durante su estancia en México incluyen los “Boletines” de *Orestes*. Pues bien, el primero de ellos apareció el mismo día e incluso en la misma página que la crónica de la fiesta en Tultepec. El poeta Juan de Dios Peza, entonces colaborador de ese periódico, muchos años después así recordaba la aparición de José Martí en esa concurrida sala de redacción:

Todos los redactores se maravillaron desde el primer día, de la claridad de su talento, de su vasta erudición, de su facilidad y elegancia de palabra, de su inspiración vigorosa y, sobre todo, de su constancia para trabajar, pues era el primero que llegaba, el último que salía; si faltaba editorial él lo elaboraba, lo mismo un boletín, un entrefilet, y como decía Guillermo Prieto, si hubieran faltado anuncios Martí los habría inventado.

Por todo ello, consideramos demostrable que el periodista invitado de Sánchez Solís a su fiesta de cumpleaños en Tultepec no era otro que José Martí. Hay pruebas de que entre ambos existió más adelante una cordial relación de afecto, que duraría más de siete años y a la cual sólo la muerte pondría fin, ya veremos en que circunstancias.

Cabe preguntarse cómo pudieron cultivar tan estrecha amistad, no obstante la diferencia de edades entre ambos, que era de casi cuarenta años. Creemos probable que don Felipe, sin conocer a Martí, haya socorrido a su familia en un momento de extrema penuria. Intentaremos resumir esta historia dolorosa, digna de la época romántica en que ocurrió.

Don Mariano Martí y doña Leonor Pérez, junto con sus cinco hijas, en abril de 1874 zarparon de La Habana rumbo a México, donde esperaban reunirse con el único hijo varón, es decir el ya mencionado José Martí, quien desterrado en España concluía dos carreras: la de leyes, así como la de filosofía y letras. Por desgracia, don Mariano carecía de empleo y, luego de casi ocho meses de privaciones, a finales de diciembre de ese año tuvo que solicitar auxilio para mantener a su familia.

Dado que el hombre era valenciano de origen y su esposa había nacido en las islas Canarias, el editor español Anselmo de la Portilla organizó a través del diario que editaba, *La Iberia*, una colecta pública en favor de la que se presentaba como “familia española”, aunque procedente de Cuba.

Durante la primera semana llegaron algunas aportaciones, pero tan mezquinas que la miseria de la familia continuaba el 5 de enero, cuando la hija mayor, Mariana Matilde, falleció de “afección orgánica del corazón”, según la respectiva partida de defunción en libros del registro civil.

Sólo entonces, cuando el drama fue conocido, algunos personajes dieron su colaboración. Entre ellos el más magnánimo fue un modesto benefactor que, luego de aportar veinte de los setenta y dos pesos con cincuenta centavos finalmente recaudados, no quiso que se publicaran más que sus iniciales: D. F. S.

Es probable que se trate de Don Felipe Sánchez, y éste pudo ser el origen de la amistad con José Martí, quien por gratitud habría redactado la extensa crónica de la fiesta en Tultepec que comentamos en un principio. Pero aunque así no fuera, hay muchos otros testimonios del mutuo cariño que hubo entre ellos.

El misterioso coleccionista

Precisamente gracias a los cubanos José Martí y Antenor Lescano, es que hoy conocemos una curiosa faceta en la personalidad del maestro Felipe Sánchez Solís: su actividad como promotor de la pintura de temas históricos mexicanos. Hace más de treinta años, la historiadora y crítica de arte Ida Rodríguez Prampolini descubrió cierta nota sobre una “junta en la casa del señor Sánchez Solís” que le sirvió de base para llegar a la siguiente conclusión:

Uno de los pocos particulares que comenzaron, en privado, a coleccionar objetos de arte prehispánicos fue el licenciado Sánchez Solís, descendiente de una familia noble azteca, quien encargó, para la decoración de su casa, de estilo indigenista, una serie de cuadros con temas especiales de leyendas y hechos históricos del mundo precolombino.

Desde entonces, los historiadores y críticos de arte mencionan a este misterioso “señor coleccionista y amante de las antigüedades” como precursor del nacionalismo pictórico en el siglo XIX, sin que hasta el momento se hayan preocupado por ampliar la información acerca de un personaje tan importante para la cultura nacional.

Sobre su labor como coleccionista de pinturas y piezas arqueológicas, lo poco que se sabe está consignado en sendos “Boletines” de la *Revista Universal*, rubricados respectivamente por *Orestes*, el cual ya dijimos que era José Martí, y por *Pilades*, a quien identificamos con Antenor Lescano. El primero

de ellos escribió lo siguiente, el 12 de junio de 1875:

Tiempo hace que el hábil profesor que a tanta altura levantó el provechoso Instituto de Toluca, con verdadero amor mantiene la idea de despertar la atención sobre la no bien estimada raza indígena; y acumula documentos, reúne manuscritos, colecciona y estudia antigüedades, prepara cuadros que copien culminantes escenas de la muy bella historia mexicana, y a todo esto hace morada en un notable salón de gusto azteca, en el que con estudio y celo raros, acomoda a las exigencias de la vida moderna la arquitectura, colorido local y olvidados usos de los que un día asombraron con su civilización a los advenedizos y osados conquistadores.

El otro boletinista complementaba, cinco días después, la información acerca de ese museo particular, consignando que don Felipe "ha hecho pintar en grandes cuadros los más notables episodios de la historia antigua" y que "algunos de ellos están ya terminados, como el Descubrimiento del pulque, que tanta fama ha dado a su autor, José Obregón, y otros se hallan cerca de su término, como la Prisión de Cuauhtemotzin que pinta el señor Rebull, y la deliberación del Senado tlaxcalteca después de la embajada de Cortés, que ejecuta el señor Gutiérrez".

De acuerdo con el proyecto de Sánchez Solís, seis grandes cuadros históricos decorarían su galería. Así se lo hizo saber a principios de 1874 a su amigo y compadre, el pintor Felipe Santiago Gutiérrez, por entonces radicado en Colombia, en una carta donde le comunicaba:

La galería de pinturas y de antigüedades mexicanas está también muy adelantada. En este año creo que terminará el ornato y quedarán concluidos cuatro cuadros: La reina Xóchitl y el Chiconcuahtli que ya están colocados en sus sitios, y en obra, por Rebull, el Cuauhtemotzin, y por Pina el Netzahualcóyotl, quedando pendientes el Senado de Tlaxcala y los retratos, en grupo de familia, de mis padres, composición que debe ser de usted.

De los seis cuadros pintados por encargo de Sánchez Solís, sólo se conoce el

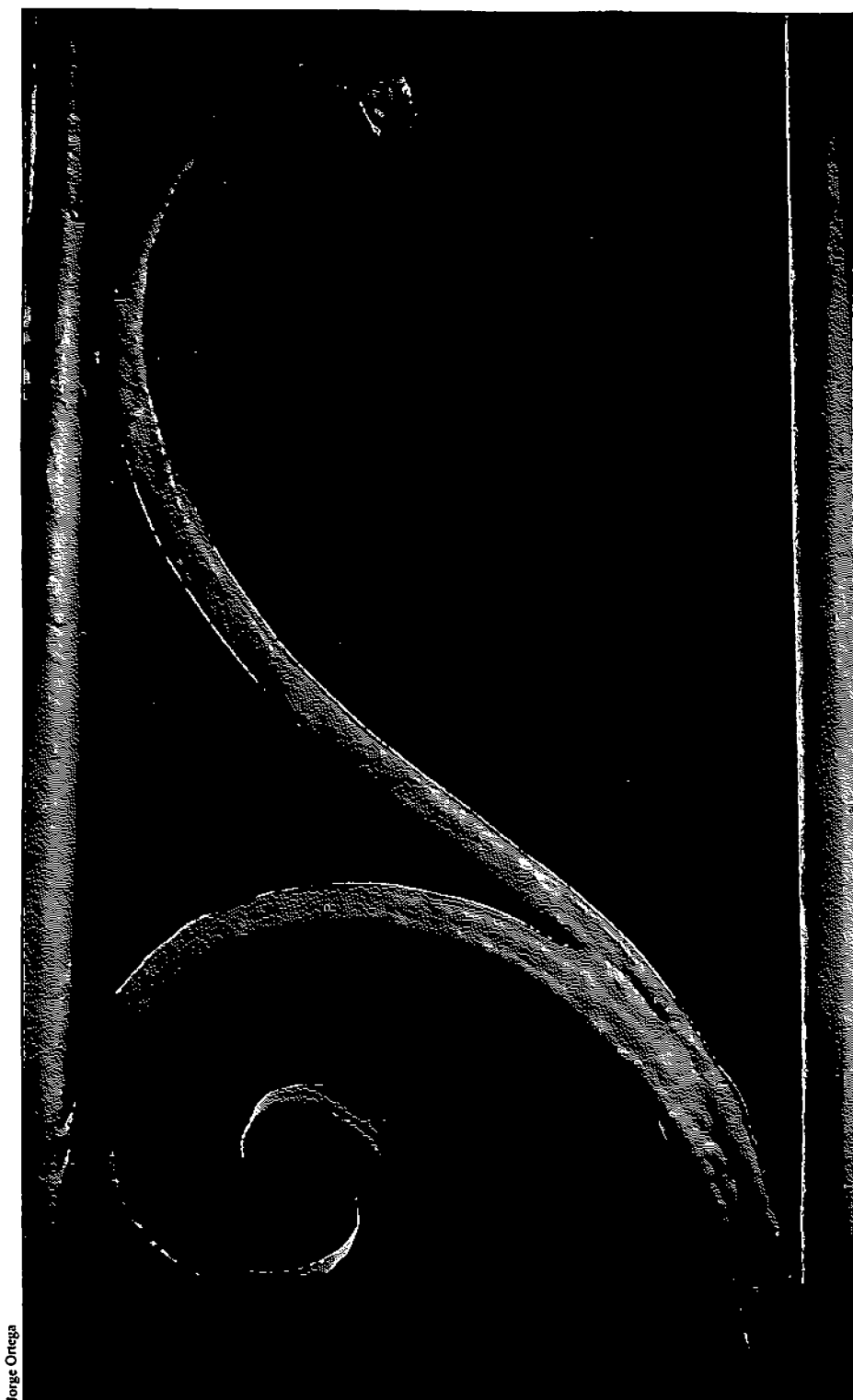
destino que tuvieron tres de ellos. *La Reina Xóchitl*, hoy conocido como *El descubrimiento del pulque*, de José Obregón, así como *El Senado de Tlaxcala*, de Rodrigo Gutiérrez, forman parte de la colección permanente del Museo Nacional de Arte. El otro corresponde a "los retratos, en grupo de familia, de mis padres", y hoy está en poder de un particular con el título de *La despedida del joven indio*, de Felipe Santiago Gutiérrez.

Esta obra ha sido considerada hasta hoy como costumbrista, aunque originalmente poseía cierto carácter histórico, puesto que ilustraba un interesante capí-

tulo en la vida de Sánchez Solís.

Una semblanza aparecida en la *Gaceta del Gobierno del Estado de México* varios años después de la muerte del maestro, recordaba que

tenía por blasón de su nobleza, y lo mostraba con orgullo un cuadro, que aún conserva su familia, en el que estaba representada una humilde cabaña, bajo cuyo techo y en mísero traje de indígena, daba el adiós de despedida a sus padres, para venir a comenzar sus estudios, que fueron tan brillantes, en uno de los colegios de esta Capital.

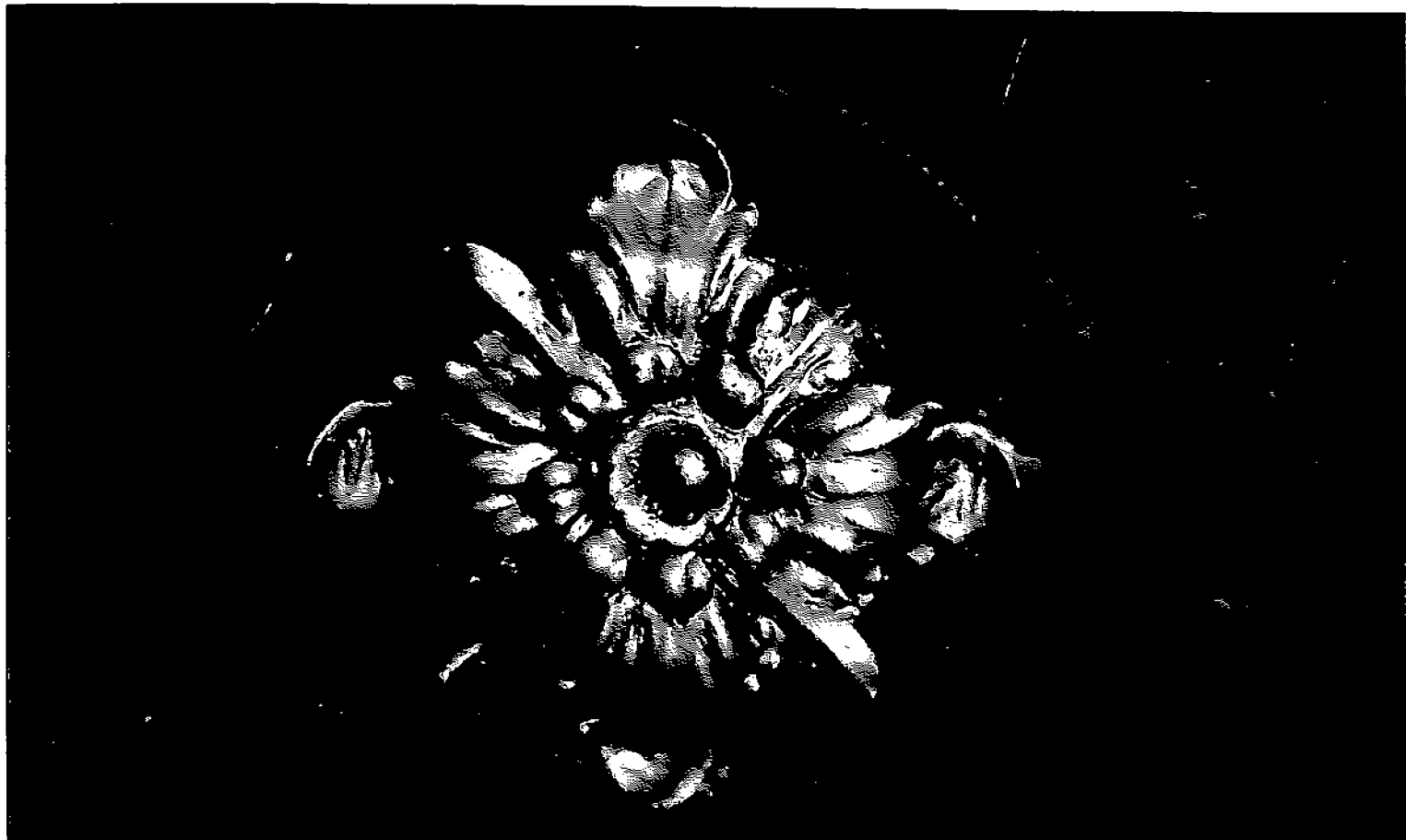


Jorge Ortega

“Milpero, pastor y arriero”

Un joven indio que se despidió de sus padres para hacer sin duda un largo viaje: el padre interesado en el feliz retorno de esta jornada, amonesta vehementemente a su hijo a la honradez y al trabajo. La madre tiernamente conmovida fija sus ojos en los de su hijo para inspirarle valor y confianza; el resto de la familia participa de la misma emoción. Los trajes y el menaje corresponden al primer tercio del presente siglo. Esta descripción fue presentada con el cuadro: el que pertenece al Sr. Lic. Sánchez Solís.

La educación de la juventud nunca había sido dirigida en México con la aptitud, acierto y entusiasmo, con que lo fue en las manos de D. Juan Rodríguez Puebla. Enseñaba la moral con la voz y con el ejemplo. El orden fue para él siempre un culto.



Da la impresión de que don Felipe se propuso imitar a su modelo hasta en detalles mínimos, como imaginarse llegando a la escuela también vestido de aguador, o el escoger un sobrenombre en idioma náhuatl, justificando esta elección con una improbable genealogía personal. Dentro de esta autosugestión encargó a Luis Coto el cuadro de su Hipotético antepasado Chiconcuauhtli, pero por desgracia no se tienen noticias de que haya sido terminado.

Igualmente ocurre con el óleo sobre “la presentación de Cuauhtemotzin a Cortés”, encargado por don Felipe al artista Santiago Rebull, del cual sólo se sabe que en febrero de 1876 estaba muy adelantado, pero también se ignora si quedó concluido. De la sexta obra, acerca de Nezahualcóyotl, que el maestro asignó a José Salomé Pina, ni siquiera sabemos si fue iniciada.

Amor al arte

Esta labor de patrocinio del género histórico pone de manifiesto no sólo el amor que sentía el educador y político liberal por la cultura mexicana, sino también su afición a las artes plásticas. En efecto, desde los tiempos de estudiante se distinguió por su facilidad para el dibujo con tinta de China. Al menos así lo refiere Antonio García Cubas en su obra *El libro de mis recuerdos*.

Más adelante, como director del Instituto Literario del Estado de México, en 1847 se preocupó por establecer una academia de dibujo y pintura, de la cual se hizo cargo un año más tarde quien llegaría a ser su tocayo, compadre y amigo, ya antes mencionado, Felipe Santiago Gutiérrez.

Aprovechando su amistad con los directivos catalanes de la Academia de San Carlos, el pintor Pelegrín Clavé y el escultor

Manuel Vilar, Sánchez Solís los invitaba frecuentemente a ese plantel para que constataran los avances de los discípulos y recomendaran algunas mejoras en los sistemas de enseñanza. Incluso en 1850, cuando la ciudad de México sufría una gran epidemia de cólera-morbo, Sánchez Solís propuso a Vilar instalarse en el internado mientras que cesaba el contagio, pero Toluca también se vio afectada por el mal, y la invitación no pudo ser atendida.

Durante las guerras de Reforma e Intervención, como se sabe, don Felipe Sánchez Solís tuvo que cumplir importantes comisiones asignadas por don Benito Juárez, de quien se decía que era compadre. Incluso el 22 de mayo de 1869 casó, en su calidad de juez del registro Civil, a Manuela Juárez Maza, hija del presidente, con el escritor cubano Pedro Santacilia.

Una vez restaurada la República, el maestro dio nuevamente curso a sus inquietudes artísticas. Primero intentó convertirse en Mecenaz de poetas, abriendo su hogar para la fundación de la “Sociedad Netzahualcóyotl”, a la cual pertenecían Manuel Acuña, Agustín F. Cuenca y Gerardo M. Silva, entre otros. Sobre el simpático origen y el no menos curioso fin de esta agrupación ya hemos publicado un artículo, en la *Revista de la Universidad de México*, en su edición correspondiente a enero-febrero de 1995.

No obstante, la principal actividad cultural de Sánchez Solís se dió en el arte antiguo y moderno de México. En la Exposición de 1869 presentó algunos de sus dibujos en tinta de China. Asimismo facilitó dos cuadros de su propiedad, con los que al parecer se había vuelto coleccionista de pinturas. Uno de ellos era la *Vista de la Alameda de México*, tomada del lado de San Diego, original de José María Velasco; la otra era *La Reina*

Xóchiitl o El Descubrimiento del Pulque, de José Obregón, obra de la que ya hemos hablado.

En 1870, cuando por segunda ocasión fue director del Instituto, don Felipe llevó como maestro de dibujo y pintura a otro de los artistas académicos que gozaban de su protección: el toluqueño Luis Coto.

Piedras y tepalcates

El museo privado que preparaba —al parecer desde 1873— incluía también una rica colección de piezas arqueológicas. Hay que leer con detenimiento la extensa descripción que de ellas hace el cubano Antenor Lescano:

Al lado de los groseros ídolos de piedra, se admiran allí los ídolos de trastos de obsidiana, trabajados, pulidos con una perfección cuyo secreto ha pasado a ser un nuevo misterio, y al lado de todo esto, como queriendo levantar a más altas y más poderosas consideraciones el espejo en que se reflejaban las fisonomías de la familia real de México... y un cetro real de hechura artística y eminentemente original, de una piedra verde... Huellas para los sacrificios, objetos de barro para uso común, encontrados unos en antiquísimos momoxtles, extraídos otros del fondo de la laguna de Zumpango que los guardaba avara, algunos conservados como preciosa herencia por familias aztecas, que habían ido pasando de una a otra generación; teponaxtlis, chirimías, pipas para fumar, collares de coral, vasos de barro, ópalos, y sobre todo, un anillo de oro de forma originalísima y de hechura primorosa (;) un pequeño ídolo que parece arrojar viento por la boca, cuyo ropaje está lleno de atributos,

y en el cual creemos adivinar a Quetzalcóatl y una gran ánfora muy parecida por su figura a las griegas y que fue encontrada a algunos metros de profundidad a la orilla de una laguna del Estado de Puebla. Están adheridas a ella caprichosos fósiles formados en su mayor parte de conchas y de insectos petrificados.

Otra sección que llamaba la atención de los visitantes era la de “manuscritos aztecas, que en nuestro concepto encierran los principales episodios de la vida de los reyes y arrojan luz sobre el traje de los pobladores, sobre su arquitectura, sobre sus costumbres, sobre su pintura a la cual falta la perspectiva como a la de los modernos chinos”.

Una de las piezas más atractivas, que el coleccionista debió mostrar con singular orgullo, es el *Códice Sánchez Solís*, así llamado porque él era su propietario cuando adquirió fama en México y otros países. Descrito como una pintura zapoteca posthispánica, realizada al menos por dos manos distintas, este documento pictográfico fue vendido en 1883 al ministro plenipotenciario de Alemania en México, quien lo llevó a su país. Ahí se conserva, en el Museo Etnológico de Berlín catalogado como *Códice Waecker Gotter*, por su último poseedor. Del original existen dos copias, una llevada a Europa por Eduard Seler, hoy registrada en el British Museum de Londres como *Códice Sánchez Solís* o *Egerton*, así como la copia hecha por José María Velasco, depositada en la Sección de Testimonios Pictográficos del Museo Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México.

Programa de cultura nacional

¿Qué pretendía el político y maestro de Nextlalpan al coleccionar estas antigüedades y adquirir las obras de arte que decorarían el mencionado salón? Entresacando los informes que él mismo pro-

porcionó a sus visitantes extranjeros, los periodistas Martí y Lescano, los objetivos de su proyecto serían los siguientes:

En primer lugar, despertar por una parte “la atención sobre la no bien estimada raza indígena”; por otra, “el gusto por lo antiguo, buscando al mismo tiempo inspiraciones y protección para los artistas”.

Desde el punto de vista artístico, se propone “la formación de un arte y de una literatura realmente nacional(es)”, además de “fomentar una era nueva para las artes” mexicanas, mediante: La creación de “obras cuyas reproducciones despierten en el extranjero la curiosidad por nuestra historia (y) el gusto por la naturaleza”, así como la apertura de “mercados para las obras que traten aquélla y copien ésta”; de la misma forma, propiciar en los artistas “el trato continuo con las cosas patrias”, que “alimente la vida nacional”, para que tengan “los poetas motivo de inspiración fresca y sabrosa, los pintores asuntos bellos para cuadros, los literatos nueva forma de literatura americana”; asimismo, brindar un “espacio original y nuevo” donde los amantes de las artes y las letras puedan “reanimar y consolar las que hoy aparecen como desfallecidas y agotadas fuerzas bellas del espíritu humano, como cansado de alimento añejo, y ganoso de nuevos motivos de esparcimiento y solaz”.

En lo arqueológico, se intentaba “resucitar una civilización” y “excitar el patriotismo que con los recuerdos de heroicidades y de gloria se exalta”. Ello a través del estudio de los adelantos “que en las ciencias morales y materiales, en la legislación y en el derecho de gentes” lograron los pueblos prehispánicos, y la restauración “por la historia” de monumentos y costumbres de aquella civilización, para darlos a conocer en el extranjero.

Cien mil pesos de su bolsillo

Con tales propósitos, el promotor de cultura había hecho una inversión considerable. Antenor Lescano informaba también lo siguiente:

Todos estos trabajos hasta hoy no han tenido más impulso que el del empeño y el sacrificio del Señor Sánchez So-

lís, que está prestando un gran bien al arte y a la historia nacionales. Más de cien mil pesos ha empleado en la colección de esas curiosidades y en la ejecución de esas obras, él no desmaya; él, que ha realizado todo lo que ha emprendido, realizará seguramente esta obra, pero de desearse sería que el gobierno y los amantes del país le ayudaran en la titánica empresa.

Al llegar a este punto, un par de dudas nos asaltan: la primera de ellas se refiere a la ubicación del local; la segunda tiene que ver con el origen de los recursos destinados a tan costoso proyecto.

La primera interrogante se resuelve con facilidad. El domicilio de don Felipe Sánchez Solís, y su esposa doña Susana Robert, era la casa marcada con el número 13 de la calle de la Aduana Vieja, hoy calle de Cinco de Febrero en la ciudad de México, donde con toda certeza sabemos que residían ya en 1869 y donde el maestro habría de morir años más tarde. El museo se ubicaba en un salón anexo a la casa familiar.

En cuanto a los ingresos del coleccionista, se sabe que antes de concluir la carrera de abogado, dada su probidad y discreción, no faltó quien le nombrase albacea de sus bienes. Titulado en enero de 1844, como litigante se inició defendiendo los intereses de un hacendado de la región de Toluca. Sin embargo, la fortuna de Sánchez Solís no parece haber procedido del ejercicio de su profesión, pues tuvo la docencia y la política como actividades primordiales.

Durante su primera gestión al frente del Instituto Literario, difícilmente pudo haber ahorrado, pues la ley que declara reinstalado el plantel dispone al mismo tiempo que “los superiores y catedráticos del establecimiento renunciarán, por esta vez, todo sueldo y emolumento”. Aún corrió con peor suerte como director del Colegio de Puebla en 1857, pues el gobierno de ese estado quedó adeudándole la suma de 11,690 pesos.

Se resarciría de pérdidas en 1870, de regreso al plantel toluqueño, donde para entonces –según la historiadora Margarita García Luna– el sueldo de director “era tres veces mayor que el de un maestro de idiomas, 5 más que un maestro de taller, 10 más que un dispensero y 40 más que un portero”. Aún así, tales percepciones



Jorge Ortega

no serían suficientes para satisfacer la iniciativa poco común, incluso en nuestros tiempos, de fundar un museo particular. Aún sus percepciones como diputado (Sánchez Solís lo fue por lo menos cuatro veces) podrían no haber bastado para que alguien se diese semejante lujo.

Pero don Felipe tenía inversiones privadas que al parecer le reportaban grandes ganancias. Como director de una asociación de mineros, obtenía parte del producto extraído del yacimiento de San Miguel el Huau, en el distrito de Pachuca. Otra fuente de financiamiento para la economía familiar pudo ser una casa de empeños que en 1869 funcionaba en la planta baja de su domicilio. Suponemos que este negocio sería administrado por doña Susana Robert de Sánchez Solís.

“Pestalozzi indígena”

Razonablemente aclarados esos dos puntos, es pertinente recordar que el maestro pensaba abrir formalmente al público su museo entre 1876 y 1877. Al menos eso se infiere de lo que comunicaba, en enero de 1874, en su carta al pintor Gutiérrez:

La inauguración de mi galería quiero hacerla el día del trigésimo aniversario de la fundación del Instituto, a cuya inauguración deseo que concurren todos los más de mis discípulos y los superiores y catedráticos del colegio. Usted conoce todos los detalles de la fundación de ese establecimiento; conoce también los sacrificios que hice por todos mis alumnos. Así es que convendrá en que me crea con derecho a pedirles ese favor.

El maestro de Nextlalpan recordaba el que sin duda fue el momento más importante de su vida, un episodio que ya para entonces se había vuelto leyenda: Cuando, a los 30 años de edad, fue invitado por el gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, a instancias de su colaborador Ignacio Ramírez “El Nigromante”, a ocupar la dirección del Instituto Literario, que había cerrado sus puertas por más de una década, y que habría de reinstalarse dando oportunidades de estudio a jóvenes indígenas, huérfanos o de muy escasos recursos.

La hoy Universidad Autónoma del Estado de México tiene este capítulo como uno de los más gloriosos de su historia, pues en palabras del historiador y literato Rodolfo García,

durante los aciagos días de la invasión norteamericana, cuando después de ocupada la ciudad de México, las fuerzas invasoras se posesionaron también de la ciudad de Toluca, e incluso del edificio del Instituto, Sánchez Solís se retiró y ocultó con los alumnos becados en el rancho de la Virgen.

El maestro Agustín González, de quien ya se ha dicho que fue discípulo de don Felipe en 1870, durante su segunda estancia como director, recordaba lo que le habían platicado de la anterior época legendaria, cuando

el inolvidable Pestalozzi indígena, para acudir a tan ingente necesidad, iba de puerta en puerta por los cómodos hogares de los ricos agricultores de esta metrópoli, a mendigar con tono humilde y persuasivo, con aquella elocuencia suya natural y conmovedora, la generosa protección, el óbolo caritativo, la propina humanitaria para sus alumnos desvalidos del Instituto...

Con la nostalgia de aquellos tiempos heroicos, Sánchez Solís pensaba en abrir su galería al cumplir treinta años la restauración del plantel. Esta fecha podría fluctuar entre el 7 de noviembre de 1846 y el 7 de junio de 1847, ya que en la primera de ellas fue emitido el decreto respectivo, mientras que en la segunda el colegio inició formalmente sus labores.

Entre los alumnos de ese memorable se contaban muchos de los que tres décadas después eran personajes participantes en la vida pública mexicana. Es el caso de los escritores Ignacio Manuel Altamirano, Juan Antonio Mateos, Esteban González Verástegui y Antonio Albarrán; los abogados Joaquín Alcalde, Jacinto Aguado y Varón, Félix Cid del Prado, José María Condés de la Torre, José Díaz Leal, Alberto García y Teodoro I. Zúñiga; los ingenieros Jesús Fuentes y Muñiz y Miguel Solalinde; los médicos Agustín Licea y Juan Rodríguez; los farmacéuticos Gumesindo Mendoza y Enrique Trejo; los pintores Leonardo Sánchez Montaña, Gregorio Figueroa y Daniel Alva, además de los malogrados Manuel Mateos, Juan Tzitzilica Fonseca y Pablo Maya, mártires en diversos episodios de la Reforma.

No pocos miembros de tan brillante generación destacaron en política, de manera que en 1874 el diputado Sánchez Solís se vanagloriaba de que seis de sus antiguos discípulos fueran compañeros suyos en el Congreso Federal. Por ello, el domingo 6 de junio de 1875 decidió ofrecer un convivio a los artistas e intelectuales más destacados, para hacer público su proyecto. Entre los invitados se contaban los pintores José Salomé Pina, Rodrigo Gutiérrez, Felipe S. Gutiérrez, José Obregón, Santiago Rebull y José María Velasco, el grabador José Dumaine; los compositores Melesio Morales y Aniceto Ortega; el arquitecto Ramón Rodríguez y Arangoiti; así como los escritores Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Gerardo M. Silva.

Martí en una tamalada

Desde luego había otros dos invitados, los cubanos José Martí y Antenor Lescano, quienes se encargaron de reseñar la reunión, en los dos “Boletines” de la *Revista Universal* que hemos venido comentando. Para entonces ambos eran concurrentes asiduos a ese lugar; el segundo de ellos afirma:

Hemos tenido el gusto de visitar repetidas veces el museo... y cuantas veces hemos disfrutado de esta satisfacción, tantas hemos descubierto en él algo nuevo, o alguna nueva idea nos han inspirado las detalladas explicaciones de nuestro hábil cicerone.

La familiaridad con la cual era tratado Martí en el hogar de los Sánchez Solís-Robert no dejó de llamar la atención de otros periodistas, como el gacetillero que publicó, el 26 de enero de

1876, un comentario en broma sobre la “espléndida tamalada” con la cual obsequió a sus amigos “Sánchez Solís, distinguido anticuario e infatigable coleccionador de curiosidades aztecas”. Agrega la nota, en tono de chanza, que “nuestro compañero de redacción José Martí, tuvo el honor de ser invitado, y debido a él, publicaremos más tarde algunos detalles de la fiesta... Ojalá que nuestro compañero Martí llegue a descubrir la historia del primer tamal que se comió Netzahualcōyotl”.

Durante el tiempo que el inmortal cubano colaboró con la *Revista Universal*, el nombre de Sánchez Solís aparecía frecuentemente mencionado en el diario, como es el caso de la siguiente gaceta:

FIESTA DE FAMILIA. El Lic. Sánchez Solís, amado como apóstol de la buena ventura entre los pueblos del Estado de México, honra a sus parientes, como honró a sus padres, con todo el noble orgullo y santo respeto de que habla la Biblia... Anteayer asistimos a una fiesta verdaderamente conmovedora, porque nosotros creemos en la bondad humana y nos conmovemos con cualquiera de sus consoladoras expresiones. El licenciado tiene un hermano que viste algodón y pantalón listado, curtido el rostro por los años, y la mano por la costumbre de hacer bien.

A continuación, el autor del artículo habla sobre la celebración por los 83 años de don Mariano, el juez doméstico de Tultepec; termina diciendo:

Y Sánchez Solís, que ha sido educador, secretario de gobierno, diputado siempre, abogado distinguido, amigo de Juárez, toma del brazo a ese hermano suyo, y el indígena legislador muestra a todo el mundo con orgullo al indígena obrero de los campos.

En esta emotiva crónica creemos advertir la pluma del escritor y patriota cubano, quien tuvo que abandonar nuestro país a finales de 1876, luego de que los porfiristas tomaron el poder en México. Al parecer José Martí, quien había colaborado con un periódico afecto al derrocado pre-

sidente Lerdo de Tejada, no contaba con las simpatías del nuevo grupo en el poder.

“La regeneración de los indígenas”

Sin embargo, a pesar de la distancia, el apóstol cubano mencionaba insistentemente al maestro indígena, en la ya célebre correspondencia con Manuel A. Mercado. Establecido en Guatemala, el 11 de agosto de 1877 el cubano confesaba: “Pienso mucho en Peón, Sánchez Solís y Montes de Oca”. El 6 de mayo de 1879, desde Nueva York, enviaba abrazos “a Sánchez Solís, a Peón y a Heberto”. El 11 de agosto de ese año, desde la misma ciudad norteamericana, escribe al destinatario de su carta: “A qué decirle que hable de mí a Peón y a Sánchez Solís y a cuantos no me hayan olvidado...”

Sin embargo, el más elocuente de los saludos es el que envió desde Guatemala el 21 de septiembre de 1877, donde pide a Mercado decir a Sánchez Solís “que he de hacer una de las obras de mi vida, escritas y prácticas, de la regeneración de los indios. Es una obligación que tengo con mi alma y con su bondad”.

Mientras tanto, don Felipe da la impresión de no estar tampoco en buenos términos con el nuevo régimen. Por lo que sabemos, la inauguración formal de su galería nunca se realizó. Consagraría sus últimos años al estudio de las antigüedades mexicanas gracias a que su exdiscípulo el farmacéutico Gumesindo Mendoza fue director, entre 1876 y 1883, del Museo Nacional de Historia. Juntos intentaron una traducción del náhuatl del manuscrito llamado *Códice Chimalpopoca*, adquirido por Mendoza para la Institución.

En 1882, José Martí radicaba en Nueva York cuando apareció impreso su primer volumen de versos, *Ismaelillo*, dedicado a su hijo de dos y medio años. Emocionado, el poeta inició la distribución del libro entre sus más queridos amigos. El 14 de septiembre escribía a Manuel A. Mercado:

Con Guasp le mando mi ‘Ismaelillo’, y unos diez ejemplares, para que U.

los ponga en manos delicadas... Un ejemplar se llevó a México Heberto. Ahora envío (otros) a Peón y a Sánchez Solís y a Castera...

Mientras tanto, el entonces presidente Manuel González anunciaba, en mensaje pronunciado el 16 de septiembre, que Chile había acreditado un enviado extraordinario y que tanto Bolivia como el Uruguay establecían consulados generales en México. Para iniciar relaciones diplomáticas con esos dos últimos países sudamericanos nadie mejor que un mexicano tan distinguido como el gran educador y político liberal de Nextlalpan, quien recibió la noticia con una gran alegría, puesto que —así fuese a sus 66 años— le brindaba oportunidad de recorrer mundo.

Don Felipe Sánchez Solís se disponía a celebrar la noticia con el ofrecimiento de un banquete a sus amigos más próximos, cuando se le manifestaron los síntomas de una hepatitis aguda. Ante la impotencia de los facultativos y el pesar de su familia, falleció en su domicilio en la madrugada del 17 de septiembre de 1882.

Para entonces, su recuerdo se había diluido en el mar de los sucesos políticos nacionales. La propia prensa capitalina no dedicó gran espacio a ese hecho luctuoso. *El Siglo Diez y Nueve*, por ejemplo, publicó bajo el encabezado de “Otra defunción” los siguientes párrafos:

Ayer a las cinco de la mañana falleció en esta capital el SR. Lic. FELIPE SANCHEZ SOLIS, cónsul general de las repúblicas de Bolivia y Oriental del Uruguay.

Que su estimable familia encuentre un lenitivo a su justo pesar, y que el alma del finado haya logrado su descanso eterno.

El libro de José Martí, que venía de camino, jamás llegó a su destinatario. Pero la amistad que unió a estos dos personajes merece perdurar por siempre en el recuerdo de quienes son sus herederos espirituales. Δ

(Artículo basado en la conferencia *Felipe Sánchez Solís: Su proyecto de cultura nacional*, leída por el autor en Nextlalpan, Méx., el primero de mayo de 1995).